

nes de las tres divinas Personas son comunes, porque nacen de una misma naturaleza; pero me complazco en reconocer, porque así me lo dice la fé y el Credo me lo enseña, que cada una de las tres Personas especialmente ha obrado prodigios pensando en mí. El Padre ha pensado en mí. Ha criado el cielo y la tierra con perfectísima hermosura para que en cierto momento determinado, yo tome parte en la contemplacion de su belleza; me ha elegido á mí entre mil criaturas que serán siempre posibles para que yo sea testigo de tanta grandeza; para conservarme á mí, para cuidar de mí, para ver retratada en mí su imágen, para llamarme á mí hijo y yo á El Padre. El Verbo divino ha pensado en mí. El hombre arrojó una mancha en la parte mas bella de la creacion sensible, y el Verbo para borrarla, bajó del seno de su Padre y tomó la naturaleza humana para crucificar el pecado que habia arrojado esa mancha dejándome un secreto celestial para purificar y hacer resplandecer en mí más y más la imágen de Dios. El Espíritu Santo piensa en mí. Siendo amor, me ha amado siempre y siempre se ha valido de los prodigios del poder del Padre, de los méritos infinitos del Hijo y de los effúbios de su amor para cautivarme á mí para atraerme á sí. Y si el Padre me llama su hijo, y el Verbo encarnado su hermano, El, supremo Amor, no queda satisfecho, sino haciendo de mí alma, su esposa. Para unirme estrechamente en la Divinidad, anticipándome las dulzuras de la eterna posesion ha instituido el sorprendente y admirable sacramento de la Eucaristia por cuyo medio maravilloso las tres Personas hacen mansion en mi alma, preparándola para la mansion eterna y felicísima de los cielos. ¡Cristianos! ¡Este es nuestro Dios: rindámosle el homenaje de nuestra mas profunda adoracion!

SERMON

DE LA SANTISIMA TRINIDAD,

PREDICADO

EN LA IGLESIA CATEDRAL DE PUEBLA, EL DOMINGO 26 DE
MAYO DE 1861, POR EL SR. CURA DE SAN MARCOS

H. Jose Maria Garcia Mendez.

Fides catholica hanc est: ut unum Deum
in Trinitate, et Trinitatem in unitate vene-
remur.

*Esta es la fé católica: que veneremos un
solo Dios en la Trinidad de personas; y esta
trinidad en la unidad de Dios.*

Símbolo de S. Atanasio al v. 5.

«La fé salva al mundo,» ha dicho un ilustre orador de nuestro siglo (1); y esta frase, tan sencilla cuanto sublime, entraña un principio fundamental de la Iglesia católica. Cuando el corazón de Dios quiere desplegarse

(1) Lacordaire, Serm. 12.

en el corazón del hombre, produce la santidad; y cuando la inteligencia infinita de Dios cae sobre la débil inteligencia del hombre, arroja sobre ella una entidad que no puede ser creada ni demostrada por la razón, pero que por virtud de una luz sobrenatural y divina que á la vez le comunica, el hombre puede recibir en su entendimiento, pasando por su corazón, dogmas y verdades veladas por el misterio, de cuya adopción libre depende su eterna salvación.

Dios en tres personas; un Dios que ha creado el mundo de la nada; un Dios que se ha hecho hombre para expiar crímenes cuya responsabilidad no era suya, y este hombre Dios, realmente presente entre nosotros bajo las especies del pan y del vino, son dogmas velados á la razón humana, pero que forman toda la arquitectura de la doctrina católica.

Sobrado evidente es, señores, que no ha creado la razón ninguno de estos dogmas, y que no podría con sus propias fuerzas demostrar algo de ellos; porque si la doctrina católica fuese obra de la razón, no sería una obra sobrehumana; si fuese una filosofía, no sería una religión.

Hé aquí porque yo, colocado en fuerza de un precepto en este respetable puesto para hablaros del primer dogma de la religión, el de la Santísima é individua Trinidad, nunca pudiera pretender aduciros principios de rigorosa razón en los cuales apoyase la creencia en tan infame misterio, ni tampoco persuadiros con razones de teólogos, los cuales en el orden de la verdad, están destinados á establecer la supremacía de la razón, que está en la doctrina católica.

Yo me represento este inescrutable misterio por dos faces; una por parte de Dios, *el cómo del misterio*; otra por parte del hombre, *el por qué del misterio*. La razón jamás podrá demostrarnos como puede ser Dios único en tres personas; como puede un Dios hacerse hombre; cómo pudo morir. Pero sí puede el corazón persuadirse del por qué nos ha manifestado sus tres personas; porqué se hizo hombre; porqué murió. «Así vengo á deciros: que

si el misterio augusto de la Santísima Trinidad es incomprendible y no está sujeto á la demostración del entendimiento del hombre, debe ser sin embargo objeto de su corazón y de su amor, porque en él considera su creación, por el poder del Padre, su redención por el amor del Hijo, y su santificación por la sabiduría y gracia del Espíritu Santo. Esta idea es digna de una profunda atención; mas yo estrecharé mis palabras de manera que ocupen el menor espacio y tengan el mayor sentido posible. Espero conseguirlo por la gracia del Espíritu Santo que os suplico impetreis conmigo, interesando á la Virgen María, digno templo de la Santísima Trinidad. Ave Maria.

Os he dicho, señores, poco ha, que la fe salva al mundo. Ahora también os digo con San Pablo (1) como consecuencia necesaria de este principio, que la fe divina es absolutamente necesaria para la salvación del mundo. ¿Cómo, pues, podremos adquirir y fortificar esta virtud, esta virtud que siendo necesaria para la salvación de la humanidad, es á la vez la más sublime y fácil del cristianismo? La virtud omnipotente, de la cual decía el Salvador: (2) «Todo es posible al que cree; porque en ver-

(1) Ad Hebr. cap. II—6.

(2) San Math. cap. 17—13.

dad os digo: que si tuviéreis fe como el grano de mostaza, fé viva, fervorosa y eficaz, direis á este monte: pasa de aquí allá y él pasará. » ¡Cómo, pues, podremos hoy rectificar nuestra fe respecto del inefable misterio de la Trinidad, que no se presenta á las percepciones naturales del hombre, basadas sobre los principios de la demostración? Escuchadme.

La fe es un acto del entendimiento, y el entendimiento es la facultad de recibir y combinar las ideas, que son las leyes ó las relaciones eternas de las cosas. La adhesión del entendimiento á las ideas naturales constituye la razón: la adhesión del entendimiento á las ideas divinas forma la fe. Para que el entendimiento comience á desenvolver el gérmen de las ideas naturales y forme la razón de los seres, es necesario un auxilio exterior, que es la palabra humana, pues para que el entendimiento desenvuelva el gérmen de las ideas divinas y llegue á tener fe, necesita de la palabra divina, de la cual es depositaria únicamente la Iglesia católica, porque á ella únicamente ha confiado Dios su Verbo eterno por medio de esta palabra y de su doctrina. Nosotros los católicos adquirimos, reforzamos y cultivamos las ideas religiosas que hemos recibido de Dios mediante ese don gratuito por excelencia, que llamamos gracia, comunicada en el bautismo, que es el nacimiento espiritual del alma. De aquí la frase de San Pablo: «La fe es por el oído, y el oído por la palabra de Cristo.» (1)

Hace mas de diez y ocho siglos que la doctrina católica ha conquistado el mundo intelectual; y si algunas veces han intentado perturbar su dominio las falsas doctrinas que muchos heresiarcas han inventado y sostenido, la Iglesia en vez de perder un palmo de su terreno, siempre ha salido triunfante, siempre victoriosa, porque siempre ha producido en los espíritus ideas racionales, es decir: verdades que si la razón alguna vez no comprende,

(1) Ad. Rom. cap. 10—17.

no las rechaza ni puede tampoco estinguir. Siempre ha producido ideas inmentables, es decir: verdades que á pesar de la movilidad del tiempo y de la versatilidad del corazón humano, siempre han subsistido, ostentando una raíz de perseverancia y de inmortalidad. Ninguna doctrina puede conquistar los espíritus ni los entendimientos sino á condicion de darles la certidumbre de la verdad. La doctrina católica, dándonos una certidumbre racional y reflexiva, inmutable y soberana, nos ha exhibido la perfecta unidad entre el entendimiento y la doctrina, y ha dado á las almas la ciencia de la vida, como la llamó Santo Tomás enseñándonos: Que Dios es el término del hombre, y que Dios, hecho hombre, es el camino y el medio que le conduce á su fin.

Igual tiempo ha que esta doctrina, exornada con tan sublimes atributos, exaltada por sus conquistas, respetada y amada del universo, se está proclamando en alta voz, por el órgano de todos los Papas y obispos, de todos los concilios y doctores, de todas sus actas y discursos, y de todos los fieles cristianos de diversos nacimientos y facultades, de distintas pasiones y preocupaciones nacionales. Hace diez y ocho siglos, digo, que en alta voz proclaman una verdad fundamental que reconocen el cielo y la tierra. Pero ¡qué es lo que piensan, qué es lo que dicen? Escuchadles. Dicen que hay un Dios en tres personas, autor y conservador del universo; que el hombre ha faltado á la ley de la creación; que está decaído y corrompido hasta la médula de los huesos; que habiendo Dios tenido piedad de esta corrupción, envió á la tierra su segunda persona; que hecho hombre vivió con nosotros y murió en una cruz, con cuyo sacrificio nos rehabilitó de los derechos perdidos por el pecado. Dicen que estableció desde entonces su Iglesia, á la cual envió también á su tercera persona, el Espíritu paráclito, para que la presida é ilustre, la corrobore y santifique; y han dicho, en fin, que cualquiera que se separe de esta creencia, de esta Iglesia, de ese manantial de luz, de pureza y de caridad, perecerá eternamente. *Hæc est fides ca-*

tholica quam nisi quisque fideliter firmiterque crediderit, salvus esse non poterit. (S. Atanasi v. ult.)

Pero se me preguntará tal vez: ¿Qué garantía ofrece la fe católica para ser creída? ¿En qué fuentes ha podido beber esta doctrina que sin apoyarse como una ciencia en la naturaleza y en la razón, da á los espíritus y á los entendimientos una certidumbre inmutable, poniéndolos en relación con Dios y con sus misterios? Yo respondería, señores, que la doctrina católica está apoyada en la tradición constante y en la Escritura sagrada. ¿Sabéis vosotros cuál es la fuerza de la tradición; cuál la de la Escritura? ¡Ah! La tradición no es solamente la memoria de las cosas que ya no existen; no solo es el lazo que une lo presente con lo pasado, sino también lo que une lo pasado con lo venidero. Es la tradición como uno de esos inmensos oleajes del océano en cuyos impetuosos movimientos cada ola empuja á la que le precede y arrastra á la que le sigue. Así la tradición agita continuamente y enérgicamente la palabra y los hechos, los impele de uno á otro siglo, de generación en generación, de una familia á otra, y de uno á otro individuo, comunicándoles vida, acción y movimiento. Sin la tradición, la vida no sería acaso más que una serie de movimientos sin trabazón ni enlace. ¿Y la Escritura? ¡Ah! La Escritura es la sabiduría de Dios oculta en la semilla de la palabra revelada desde el principio del mundo á los profetas, patriarcas y justos del testamento antiguo, conservado para ellos exacta y religiosamente hasta la ley de gracia, continuada y reforzada por el Verbo de Dios, Jesucristo Nuestro Señor, y transmitida por medio de sus apóstoles á la Iglesia católica hasta nosotros y hasta la consumación de los tiempos. La Biblia siempre ha sido venerada por todos los pueblos por contener algo más que el pensamiento de un hombre; mas los católicos le tributamos toda la fe y el homenaje debidos, porque ellos nos manifiestan los signos todos de la santidad, á saber: el signo tradicional, el signo constituyente, y lo que es más, el signo profético que solo Dios puede haberle comunica-

do porque solo Dios ve el porvenir, solo El penetra con una sola mirada en la profundidad infinita de las causas y descubre los efectos necesarios que han de producir hasta los límites más remotos de las edades. Hé aquí apenas reseñados los fundamentos de la doctrina católica. Estas dos potencias, la tradición y la Escritura, nos atestiguan el dogma de la infalible Trinidad.

La tradición, tomada aun más allá de la generación del Verbo, y remontándonos á muchos siglos anteriores, indicaba la pluralidad de personas en Dios. Este dogma y muchos otros del cristianismo, se encuentra, bajo fórmulas confusas y alteradas, en casi todas las teologías de los antiguos pueblos. Según Platon (In Epinon) el Verbo divino arregló el universo y lo hizo visible; y hablando á sus discípulos sobre la esencia de la divinidad, según podía comprenderla, y tomando por tema una palabra sagrada y misteriosa formada de tres sílabas, que bien podemos pronunciar *Jehová*, les decía de esta manera: «Lo que buscáis y no encontráis, (el principio eterno), está designado en la 1.ª sílaba; lo que oís y no entendéis (el Verbo), en la 2.ª; y lo que vuestra mano busca y no puede tocar (el Espíritu), es la 3.ª: *Jehová*. Estos tres son impenetrables y no forman más que uno solo. El primero de ellos no es más brillante y el último no lo es menos.»

Los pitagóricos reconocían la excelencia del ternario y decían: «El tres no es engendrado y engendra las demás fracciones.»

Los estoicos enseñaban la misma teología, según enseña Tertuliano. En la India, en Grecia y en Egipto, la triple unidad se encuentra en todas las degradaciones del Ateísmo. En fin, según afirma Chateaubriand (1) algunos misioneros ingleses creen haber encontrado la Trinidad hasta en la región de los salvajes. ¿De dónde pue-

(1) Génesis del Cristianismo. Tomo 1.º Libro 1.º cap. 3 y en los Estudios Históricos.

den proceder estas semejanzas entre pueblos tan diferentes y acerca de una materia tan abstracta, sino de una revelacion hecha por el mismo Dios á la humanidad y trasmitada de unos á otros siglos, de unas á otras generaciones, de unos á otros pueblos? Tal es la tradicion y la Escritura.

La palabra de Dios se ha fijado realmente por la Escritura. La Providencia ha confiado el simbolo de las verdades eternas á la humanidad: Primero á los Patriarcas y Profetas de un pueblo milagroso y despues á la Iglesia católica. Así se formaron los testamentos antiguo y nuevo. Abrase el Génesis, y en sus primeras líneas y en los primeros actos de la omnipotencia y misericordia de Dios, luego advertirémos la revelacion de la Trinidad divina en la formacion del alma humana, que podriamos llamar una Trinidad creada. «En la creacion del universo, dice Bossuet, (Serm. de Trinitat) todas las obras fueron hechas con palabras de mando; solo el hombre con palabras de consulta. Sea hecha la luz; sea hecho el firmamento. *Fiat lux*: Estas palabras son de mando. El hombre fué creado de otra manera que tiene algo de misterio-o y magnifico. No dice Dios sea hecho el hombre, sino toda la Trinidad dice por comun acuerdo: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza*. ¿Qué significa este modo de hablar? Que la Trinidad comienza á revelarse en la formacion de la criatura mas privilegiada, para imprimirle su imágen y semejanza.» ¿Se quiere algo que sea mas formal? No hay. Despues de la trasgresion del hombre dijo el Sr. Dios: Hé aquí á Adan, hecho como *uno de nos*, sabiendo el bien y el mal: ahora pues, impidámosle que alargue su mano y tome del árbol de la vida. El Señor Dios le arrojó del paraíso del deleite (Génesis, cap. 3-22).» Se desea todavia frase mas explicita de la concurrencia de la Trinidad de personas en actos supremos de los destinos del hombre? Escuchad lo que mas adelante nos refiere el mismo Génesis: «Descendió el Señor para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adan, (la torre de Babel) y para casti-

gar su ingratitud y exterminarlos en pena de su rebelion, exclamó: Venid, pues, descendamos y confundamos su lengua de manera que ninguno entienda á su compañero. Y les esparció el Señor.» (Gen. c. 11.—5. 6. 7.) Estos pasages, que pudieran multiplicarse tomándolos de otros libros del Antiguo Testamento, no admiten comentarios, pues revelan en Dios una pluralidad de personas distintas.

Pero en el Nuevo Testamento hay todavia testimonios mas explicitos y eficaces. Recordemos solamente algunas frases sublimes proferidas por el mismo Verbo de Dios hecho hombre. El Evangelio de S. Juan (cap. 14. 15 y 16) nos refiere esta doctrina que Jesus daba á sus apóstoles pocos momentos antes de su pasion: «Salí de mi Padre y vine al mundo: ahora dejo al mundo y vuelvo á mi Padre, y yo le rogaré y os dará otro consolador para que more siempre con vosotros, el Espíritu de verdad.» En otra parte: «Al que me ama, mi Padre le amará y *vendremos á él, y haremos en él nuestra mansion.*» Mas adelante: «Padre Santo, guarda por tu nombre á los que me diste, para que sean *uno como nosotros*. No ruego solamente por ellos, (los apóstoles) sino tambien por los que deben creer en mí, á fin de que todos no formen mas que uno; y así como vos, Padre mio, *estais en mí y yo en vos, sean ellos tambien uno en nosotros.*» ¿Qué sublime doctrinal! ¿Cómo eleva al hombre sin rebajar en nada la dignidad de Dios! ¡Hacer que seamos todos uno de la misma manera que son uno el Padre y el Hijo unidos por el Espíritu Santo! ¡Oh grandeza, oh dignidad de la Iglesia católica! ¡Oh santa sociedad de los fieles, exclama aqui Bossuet, que debe ser tan acabada y perfecta, que Jesucristo le da por modelo la misma unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! Sean uno, dice el Hijo de Dios, no como los apóstoles, no como los arcángeles, no como los querubines ni como los serafines, sino *uno, dice, como somos nosotros.*»

Todavia mas, señores. En las actas apostólicas, en las

diversas y numerosas cartas de San Pablo y en las de los otros apóstoles abundan en las frases y en los conceptos que vertieron sobre los primeros fieles; la idea de la inefable Trinidad. El apóstol San Juan, el génio cuya inteligencia remonta hasta la eternidad, en la primera de sus cartas estableció este principio ortodoxo: "Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son solo un Dios." (Joan 1.º c. 5-7). Así quiso, según el sentir de varios expositores, inculcar á sus discípulos la divinidad de Jesucristo, reconocida y declarada por el Padre en el Jordán y en el Tabor: sostenida por el Verbo, unido á la naturaleza humana, ya en los milagros que obraba, en comprobación de la verdad, y ya también por sus manifestaciones á sus discípulos, á los pueblos y aun ante los tribunales en que compareció, y confirmada por el Espíritu Santo que comunicó á los apóstoles en el soplo de Pentecostés, la gracia y la sabiduría, la fortaleza y la constancia, el zelo y la caridad que legaron á la Iglesia católica, para reconocer y adorar los tribunales de un Dios en tres personas. Por esto ella, robustecida con la infalibilidad de que la dotó su divino autor, reconoce á la Augusta Trinidad en todos sus actos, la invoca en sus sacramentos, la aplaca en su sacrificio, la ruega en sus oraciones, la interpela en su legislación, la reconoce en sus gracias y la teme en sus penas. ¡Ah, señores! Aquí es necesario exclamar con San Pablo (Ad. Rom. c. 11-33) ¡Oh profundidad insondable de las riquezas y sabiduría de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son tus juicios é impenetrables sus caminos!

¡Qué doctrina tan santa, vuelvo á exclamar, que no solo nos da de la naturaleza divina la idea mas conforme á las exigencias de la razon, sino que nos incita de un modo irresistible, á rendirle á la Trinidad divina el homenaje de todo nuestro amor! ¡Quién no creará y quién no amará á la Santísima Trinidad que se ha manifestado con toda claridad á los hombres en la participacion de las tres personas divinas, en el gran plan de nuestra re-

dencion? El Padre que la promete, el Hijo que la ejecuta y el Espíritu Santo que la consuma! El Padre preparando desde la caída del hombre la venida de su Unigénito. Este apareciendo en el término prefijado, viviendo entre nosotros y sometiéndose á todas las condiciones satisfactorias exigidas por la justicia de su Padre, y el Espíritu Santo generalizando y perpetuando en la Iglesia de Jesucristo las semillas de gracias y de salud, que son el fruto de su expiacion. Sin la fe del misterio de la Trinidad nunca pudiéramos comprender ni apreciar nuestra redencion.

Para concluir, señores, os anuncio un ingenioso pensamiento de un orador católico que poco ha os he nombrado, el P. Lacordaire en su sermón 13. "La fe, dice, no solo es un acto del entendimiento, sino también de la voluntad. En tanto que se cree en cuanto que se ama." Es verdad, porque la voluntad es la facultad de amar. Se cree y se ama; se ama y se cree. Del entendimiento emanan dos rios, el rio de la razon y el de la fe. De la voluntad brotan también dos raudales; el del amor natural y el del amor divino, todos los cuales á mi modo de ver, reuniéndose en cierto punto, van á parar al corazón. El amor natural y la razon nos arrastran al amor del mundo; la fe y el amor divino nos atraen y nos llevan á Dios. La palabra de la Iglesia católica encuentra en el alma y despierta en ella el gérmen de las ideas divinas; también encuentra y escita en el alma y despierta en ella el gérmen del amor divino. Así, pues, la palabra divina nos da la fe y nos da el amor que nos ponen en relacion con Dios. Con Dios Padre que nos crió y conserva por una omnipotencia de amor; con Dios Hijo que nos redimió con una obediencia y resignacion de amor, y con Dios Espíritu Santo que nos ilustra y nos santifica con una sabiduría y eficacia de amor. Por esto nuestra voluntad debe ser toda de Dios. Sin la voluntad todo es imposible; así la fe como todo lo demás. Sin el amor no podremos jamás acercarnos á Dios, menos co-

SOL. ANTONI DE Z. JOANA DE S. SERM.—TOM. I.—P. 62. 11 51

no verle, mucho menos merecer el amor que Dios nos tiene. Cuando el hombre rechaza el cristianismo, rechaza por una ingrata prevención el mayor amor que ha buscado al hombre. Cuando el hombre ama á Dios alcanza la fe y la alcanza por el camino del amor. Su alma, que difícilmente hubiera correspondido á las ideas divinas, á causa de su elevacion, ha respondido sin trabajo al contacto de la caridad y ha reconocido á Dios en la bondad mas que en la luz.

Vosotros, sábios y filósofos del mundo, hombres de razon solamente, que habeis revuelto mil doctrinas, muchos libros y mil ideas, buscando, no la verdad sino sus objeciones, guiados, no por el amor á Dios, sino por el vuestro propio que os impele al orgullo de la celebridad de funestas invenciones, yo os pregunto: ¿Qué fruto habeis sacado de vuestras prevenidas investigaciones? ¡Ah! La incredulidad; al menos la duda. Duda que os inquieta y confunde al acercaros á la muerte; duda que os hace gemir y estremecer en esa hora suprema en que la verdad vence á todos los hombres; duda que hasta allí abandonais porque hasta allí calificais el valor del catolicismo y el valor de la incredulidad, y estampando entónces vuestros moribundos lábios en la imagen del Crucificado, *comenzais á adorar lo que habeis blasfemado y á maldecir lo que habeis adorado.* Hora suprema de la Iglesia aun que la Iglesia no tiene una hora en que no reciba abrazos largo tiempo rebeldes, en que no haga nacer á la fe y al amor á sus propios enemigos. ¡Madre dichosa, que es reconocida y estrechada por los brazos de los que la atormentaban! Por el contrario. ¿Cuál es el católico que se duele de su fe en la hora de la muerte? Ninguno. ¡Ah! Nosotros, sacerdotes de Jesucristo, despreciados y odiados de los filósofos, pero fieles á la Iglesia católica, creemos sinceramente sus dogmas, que no ha hecho la razon de la filosofía y que tampoco puede demostrar ni combatir. Los creemos hace diez y ocho siglos, y no sólo los creemos, sino que tambien los proponemos á los hombres de razon, y morimos en fe y en amor. Así morian los

primeros cristianos bajo el imperio de los Neronos y los Tiberios, en los patibulos, en las hogueras y en los circos. Así mueren aun los misioneros apostólicos entre los infieles y los salvages. Con fe y amor mueren los justos en los monasterios; con fe y amor mueren las vírgenes en los claustros; con fe y amor mueren todos los católicos verdaderos y fieles en sus lechos, colocados al frente de una cruz, sea en la prosperidad ó en el infortunio. Así tambien nuestros hombres del pueblo, sin ciencia ni razon, pero fieles á las promesas del bautismo, en las cabañas y en sus pobres chozas, mueren con la fe del rústico, pero con el amor del hombre de corazon, del hombre de génio. ¿Quién de mis hermanos que me han escuchado no deseará y protestará vivir y morir en la fe y amor de la Santísima Trinidad?

Eterno Dios y Señor de los cristianos, que te dignas concederles que por la confesion de la verdadera fe connozan la gloria de su eterna Trinidad, y por la omnipotencia de su magestad adoren tu esencial unidad, conserávanos y fortifícanos en esta fe y en el amor que ella nos engendra, á fin de que por la gracia del Espíritu Santo y por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor, te conozcamos Dios trino y uno y te amemos en el cielo por todos los siglos de los siglos. Amen.

FIN DEL TOMO I.